Responsabilidad

FRANCISCO J. LLERA
CATEDRÁTICO DE CIENCIA POLÍTICA DE LA UNIV. DEL PAÍS VASCO Y DIRECTOR DEL EUSKOBAROMETRO

Es lo que se supone que está en el fondo ético y en la buena voluntad de las decisiones representativas de nuestros actores políticos (líderes y partidos). Es lo esperable tras el ejercicio de soberanía popular constitutivo de unas elecciones. Y es lo exigible en la administración de la cesión de soberanía representativa resultante del proceso electoral (rendición de cuentas, propuestas programáticas, discusión de alternativas, deliberación y decisión electoral). Por eso, la primera tarea de todos es un ejercicio responsable y reposado que combine aritmética y política en la interpretación de la voluntad plural (apoyos y rechazos, demandas, evaluaciones y expectativas) expresada por la ciudadanía en las urnas. Con la aritmética sola podríamos caer en la banalidad partidista de las sumas y restas desconectadas del mandato representativo. Mientras que con la política emanada de los idearios respectivos correríamos el riesgo de dogmatismos estériles y autodestructivos. El resultado de tal ejercicio es la producción de gobierno y oposición en un juego dual e imprescindible para la funcionalidad y la legitimidad del sistema político. La gobernabilidad es un objetivo y un valor de primer orden para el rendimiento y la sostenibilidad institucional del sistema democrático. Por eso, cruzar las agendas partidistas, atendiendo a las agendas ciudadanas, para negociar y definir la agenda pública de la nueva legislatura es la prioridad del momento presente.

Con un compromiso ciudadano moderado y activo desde 2011 y una movilización electoral modesta en términos relativos (73%), las urnas nos han dicho a todos que no podemos seguir como si nada pasara. La desafección política de la que veníamos hablando y diagnosticando desde hace años, las graves consecuencias de la crisis económica y su gestión, los escándalos de corrupción nunca resueltos, la fatiga antipartidista y la estéril polarización política, entre otros factores, han acabado agotando el modelo de competición y alternancia centrípeta y cuasibipartidista de las últimas décadas. En su haber están, sin embargo, una gobernabilidad y un rendimiento institucional y modernizador envidiables. Por eso, este tercer cambio (ya tuvimos otros dos en 1982 y en 1993) producido por la ciudadanía en la estructura competitiva o sistema de partidos y su profundidad política (con las mismas reglas representativas) expresa, claramente, la exigencia de que hay que cambiar la forma de hacer política sin rupturas. Les han dicho a los dos grandes partidos (PP y PSOE), que han monopolizado el control institucional desde la Transición, que tienen la responsabilidad (con ese 51% de votos y el 61% de la representación parlamentaria) y la oportunidad (quizás la última) de seguir encabezando la agenda de reformas requerida. Pero, al mismo tiempo y tras retirarles a cada uno de ellos el apoyo del 33% (PP desde 2011) y el 51% (PSOE desde 2008), respectivamente, han entregado su descontento y el control de sus demandas de cambio a dos actores nuevos (Podemos con un 21% de los votos y 69 escaños, y C's con el 14% y 40), que, sumando algo más de un tercio de los votos entre ambos (34,6% de los votos y un 31% de los escaños) tienen la capacidad y la responsabilidad de condicionar, si no protagonizar, el juego político a partir de este momento. Ellos son los grandes beneficiarios, por el centro y la izquierda, de las pérdidas de apoyos de PP y PSOE, al captar el descontento de los más jóvenes, las clases medias, sobre todo, urbanas, los sectores más formados y tecnológicamente más activos y los más dañados por la crisis y sus consecuencias. Pero la aritmética y la política también han dicho que unos y otros tienen que contar con los nacionalistas (sobre todo, vascos y catalanes), quienes, algo debilitados, son necesarios, también, para abordar los grandes problemas del país e imprescindibles para encauzar la endiablada agenda territorial. Esto es, nada más y nada menos y a grandes rasgos, lo que nos han deparado las urnas.

Pero, al mismo tiempo, la ciudadanía ha producido una aritmética tan compleja para la formación de mayorías de gobierno que solo la política con mayúsculas, la que tiene que combinar visión estratégica, sentido de Estado y altas dosis de responsabilidad, puede resolver el sudoku electoral de una forma sostenible y satisfactoria para todos. La complejidad del escenario político nos retrotrae, por tanto, no a los momentos de la formación de los gobiernos minoritarios (1979, 1993, 1996, 2004 o 2008) o los ámbitos local o autonómico, sino a la política de pactos y consenso del ciclo de la Transición. Hoy lo que está en juego no es, simplemente, un programa de gobierno para cuatro años, sino mucho más. La puesta al día del pacto constitucional, de la estructura territorial, de nuestra presencia internacional, de la política europea, de la lucha contra el terrorismo, del funcionamiento y protagonismo partidista, de la sostenibilidad del Estado de bienestar, del pacto educativo, de nuestro modelo económico (mercado laboral, I+D+i, déficit público...), de las desigualdades sociales, de la violencia de género, de las oportunidades vitales de nuestra juventud y un largo etcétera de propuestas desgranadas en la campaña electoral, nutren una agenda reformista que no admite más aplazamientos. Pero buena parte de estos requerimientos, si no todos, exigen una mayoría cualificada que va más allá de una mayoría ajustada de gobierno bipolar, pero que puede ser gestionada por un gobierno minoritario en un ambiente de consenso, como ya sucediera en 1977. La clave de este momento es, en definitiva, la responsabilidad y el pacto con altura de miras y visión estratégica por encima de las viejas mañas partidistas y las tentaciones ideologizantes y polarizadoras.

ANTÓN

CARTAS AL DIRECTOR

El privilegio foral

Se agradecería a los intelectuales orgánicos del sistema de financiación foral (que son casi todos los escribidores de este país) que se dejaran de vaguedades historicistas y argumentos sin sostén empírico comprobable e intentaran explicar las cifras contantes y sonantes. Es decir, por qué extraña razón, computados a igualdad de esfuerzo fiscal y competencias homogéneas, los recursos públicos que proporciona el sistema foral eran en 2002 (datos de Ignacio Zubiri) de 3.239 euros por habitante mientras que para una comunidad un poco más rica como Madrid eran de 1.803 euros por habitante. O bien, con datos de 2011 de las 'Cuentas públicas territorializadas' de Barbarán, Uriel y De la Fuente, eran de 3.868 euros por habitante en el País Vasco y de 1.970 euros por habitante en Madrid. :: **JOSÉ MARÍA RUIZ SOROA.** BILBAO

Con permiso

La igualdad es ese bien tan monótono que nos impulsa a ser diferentes. La igualdad implica uniformidad, homogeneidad y es sinónimo de pertenencia a una única clase social. Desde las instituciones familiares, que poseen sus propias autoridades, se insta siempre a los niños a que sean 'alguien' el día de mañana, pues si se es alguien ya no se es como todos, algo que solo podría suceder si reconociéramos que todos somos alguien. Ser alguien supone no ser un mindundi, lo que en sí mismo deja entrever que sin esfuerzo todos diferenciamos a alguien de un mindundi. ¿Y cómo es posible esto si todos somos iguales? Porque no diferenciamos a las personas respecto a su posición ante la justicia universal, porque no reconocemos una sola clase humana, porque, pese a que se nos llene la boca de igualdad, todos preferimos que nos tomen por alguien. Por lo visto, todos sospechamos que si alguien te toma por un mindundi te puede hacer la vida imposible.
:: **Mª ÁNGELES LANDA MARTÍNEZ DE ICAYA.** VITORIA

Coraje cívico

La politización de la población siempre es muy deseable porque indica, obviamente, una permanente preocupación por los asuntos públicos que le interesan, la condicionan y le modifican la vida. Es un poco triste cuando se oye en boca de alguien decir, casi como si fuese motivo de orgullo, «yo soy apolítico». Al poder, normalmente, le interesa este tipo de ciudadanos que dejan hacer sin reaccionar contra las manifiestas tropelías que, muchas veces, se llevan a cabo desde los gobiernos. La vida es una escuela de civismo o, al menos, lo debería ser. Por eso fomentar foros, encuentros, debates, tribunas, marcos y programas de opinión política siempre es encomiable, necesario y saludable para fortalecer la democracia deliberativa y participativa. Es más, es muy pertinente incluir en los currículos escolares de secundaria una asignatura para explicar, conocer y reflexionar sobre las características, valores y virtudes de una democracia. No se trata de adoctrinamiento, como dicen los conservadores, sino de paideia, es decir, de escuela de ciudadanos conscientes de sus libertades y derechos, y sabedores de que sin su compromiso y participación diaria, esa democracia se vaciaría de contenido esencial y se asistiría a rápidos procesos destituyentes que convertirían la democracia formal en pura representación escenográfica sin contenido.
:: **AGUSTÍN ARROYO CARRO.** MADRID

La comadrona de las ideas

Hablar y decir parecerán expresiones respectivamente sinónimas y ciertamente el uso cotidiano las intercambia. Sin embargo, hablar es hacer uso de una facultad, decir es usar esa facultad en un acto de expresión concreta, empíricamente apreciable. No obstante, hablar y decir dan lugar a sectores de estudio y análisis diferentes. De la diferencia entre hablar y decir se derivan dos concepciones complementarias de la retórica. Y esta fue la disciplina de los sofistas, que colocaban el valor instrumental de la palabra en un lugar de vital importancia. Platón criticaba a los sofistas por tratar de adquirir el dominio de razonamientos engañosos. Decía que el arte de la persuasión no está al servicio de la verdad sino de los intereses del que habla. El teorizar sobre un arte supone, sin embargo, un nuevo arte a su vez: el arte de teorizar, el arte de formular y describir lo que se piensa de manera convincente. De ahí que llamaran a Sócrates la comadrona de las ideas.
:: **VENANCIO RODRÍGUEZ SANZ.** ZARAGOZA

cartas@elcorreo.com